





DE LA COLECCIÓN « ESTUDIOS DE LA FLORA REGIONAL ESPAÑOLA ».

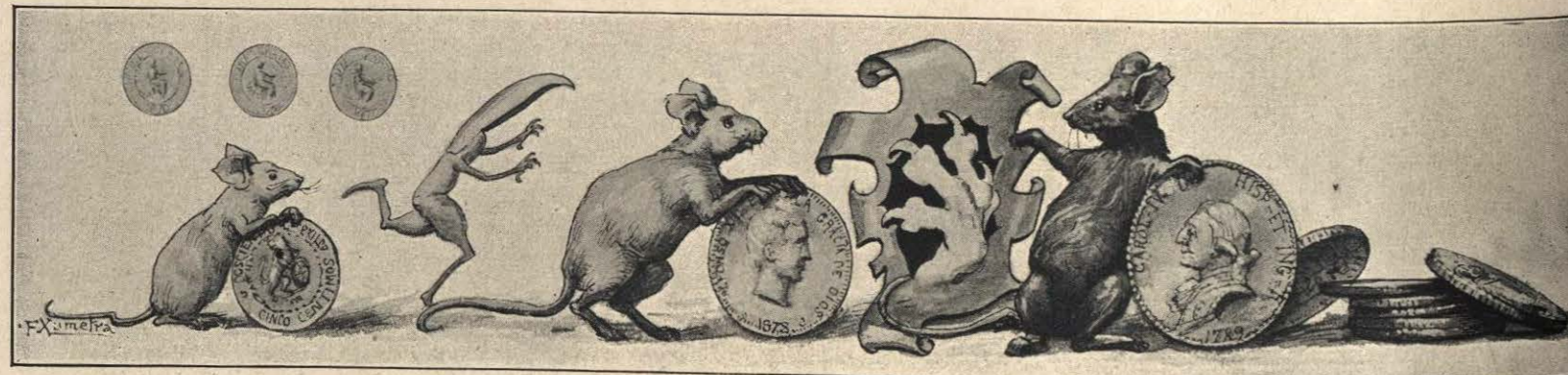
Pierrot, vestido grotescamente de campesina alemana, se dirigió á él, haciendo un sin fin de contorsiones. Comenzó la escena final. El alemán trataba de acercarse á la muchacha, y ésta, coqueteando, dejaba que se acercara. Llegó un momento en que se hallaron el uno próximo al otro, y entonces *Pierrot*, con voz queda, tan queda que sólo pudiera oírle su compañero, le dijo:
—¡Williams!... ¿Conque te gusta mi mujer?... ¡Conque al fin la lograstel...
—¿Qué quieres decir?
—¡Que lo sé todo!...
—¿Y qué pretendes?
—Cumplir con mi obligación: terminar el espectáculo.
—¿Cómo?

—¡Así!...
Y apuntando con un revólver al corazón de su rival, hizo un certero disparo. Williams cayó sin pronunciar una frase, y el público, entusiasmado, concedió una de las mayores ovaciones á su artista predilecto. Los aplausos no cesaban, y entonces *Pierrot* adelantóse hacia las candelillas é imponiendo silencio á sus admiradores, exclamó con voz ahogada:
—¡Gracias, señores! ¡Muchas gracias! Agradezco esos aplausos, más que ninguno. Los agradezco, sí; porque he hecho justicia matando á un enemigo...
Ante estas palabras el público prorrumpió en grandes risotadas y nuevos aplausos, en tanto que, al caer el telón, era recogido el cadáver de Williams, con el pecho atravesado por una bala...
C. COSTI Y LASSO DE LA VEGA

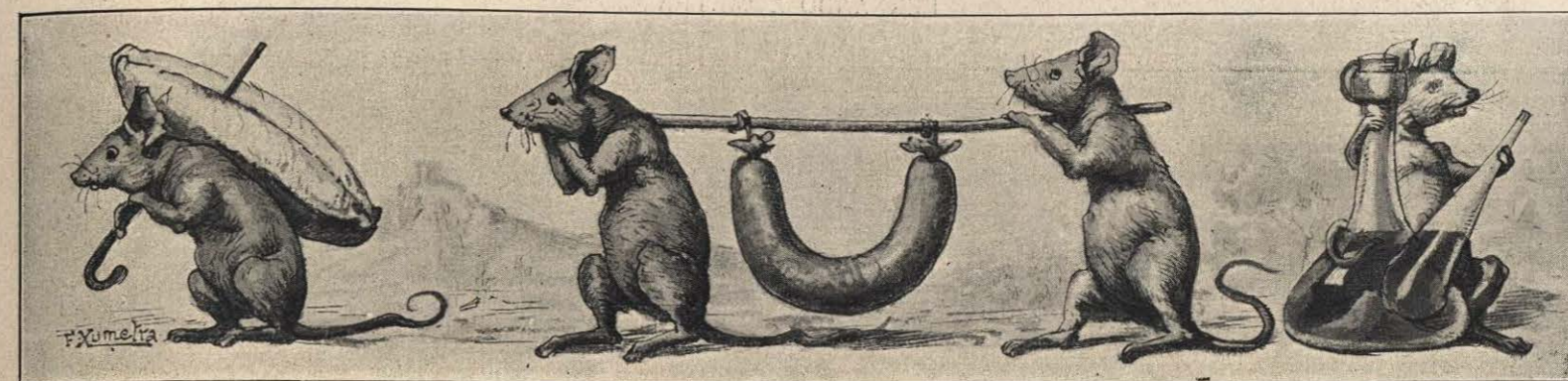
UN PALETO DE PARLA

HAY paletos y paletos. Quiero decir que no todos los que vinieron á la Corte con motivo de la Coronación trajeron en sus bolsillos la candidez que irreflexivamente se les supone innata. Con uno de ellos me tocó viajar en un tranvía que vulgarmente llamamos de Pozas. Partió el eléctrico de la Puerta del Sol, y apenas llegamos al arco

monumental con que los vecinos de las Platerías hicieron gala de su monarquismo, cuando se acercó el cobrador, dándonos el saludo de rúbrica, con el fajo de billetes en la mano.
—¿A dónde? — preguntó el cobrador á mi vecino, el de Parla.
—A donde usted quiera. Como en Parla no hay tranvías eléctricos, aprovecho estas fiestas para disfrutarlos.
—Está bien; pero necesito saber á dónde va usted.



FRISO DE FAUNA.



FRISO DE FAUNA.

—¡Esto sí que es bueno! Aquí todo se lo preguntan á uno. Se parecen á mi mujer, que todas las noches me aburre á preguntas hasta que me duermo. Pues, sí señor, quiero ir *alante*.
—Pero es menester que me diga usted á qué parte se dirige para darle el billete que le corresponda.
—Puede darme usted el que quiera, que somos atentos y bien criados los hijos de Parla, y no rehusamos nada de lo que nos dan.
—Es el caso que si pretende usted ir á la Cárcel Modelo, le costará quince céntimos, y diez á la Plaza de Oriente.
—¡Conforme!
Ya iba amostazándose nuestro paciente y sufrido cobrador, viendo la calma y la sorna del paleta, el cual no dejaba de advertir que charlando y haciendo el tonto se iba acercando al sitio que pretendía.
—¿Qué quiere usted pagar, quince ó diez céntimos?
—Yo, si tengo que decir la verdad, no querría pagar nada. Pero si es preciso, del mal el menos.
—Sí, es preciso pagar ó bajarse inmediatamente.
—Tenga usted calma, señor, que yo traigo dinero para pagar lo que sea menester.
—Tome usted el billete de diez céntimos.
Y acomodando entre sus piernas un bastón, á modo de porra, de esas que manejadas por una mano callosa y rústica siempre hacen inútiles los segundos golpes, comenzó á sacar de la faja con que iba ceñido, una bolsa, en la que por su magnitud debían de caber holgadamente un buen puñado de billetes de banco y una regular cantidad de monedas, así de plata como de cobre.

Pero nada de esto sacó, sino un envoltorio de papeles que no eran otra cosa que prospectos de diferentes tamaños y colores, los cuales iba desenvolviendo con el mayor cuidado y parsimonia, haciendo sonreír á todos los viajeros, y elevando por lo menos á doscientas atmósferas la sangre del ya requemado cobrador.
—¡Aprisa! —decía éste con mal reconcentrada furia, —que ya estamos en los Consejos.
—Tenga usted paciencia, —contestaba el paleta, —que todas las precauciones son pocas. No se enfade porque yo lleve tan envueltas mis monedas. Hay que salvarlas á todo trance de las uñas de los timadores, que, según dicen los papeles públicos, hacen su agosto en las fiestas de la Coronación.
Y después de haber desliado infinitos prospectos, al cabo sacó un duro en pieza y lo dió al cobrador con muestras de verdadera satisfacción y de altiva arrogancia.
—¡Eal cóbrese usted, que al buen pagador no le duelen prendas. Recibió la moneda el cobrador, y después de mirarla, se la devolvió, diciendo:
—No pasa. Es sevillano.
—¡Cómo sevillano! Es de Parla y muy de Parla. Allí lo gané jugando al mús. ¡Me hace gracia que es sevillano! Como si diera usted en decir que es de Miguel-turra. Y además no soy monedero yo, ni sacristán para saber en qué parroquia es bautizado cada duro.
Ya todo mohíno el cobrador y hecho un venablo:
—Bájese usted, — le dijo, —antes que llame á un guardia y le lleven al Abanico.



DE LA COLECCIÓN « ESTUDIOS DE LA FLORA REGIONAL ESPAÑOLA ».